

# Raymond Aron: la historia-acción



ARTURO GÓMEZ-LAMADRID

*Porque es a la vez animal y espíritu, el hombre debe de ser capaz de superar las fatalidades menores, la de las pasiones mediante la voluntad, la del impulso ciego mediante la consciencia, la del pensamiento vago mediante la decisión. En este sentido, a cada instante, la libertad pone nuevamente todo en juego, afirmándose en la acción, donde el hombre ya no se distingue de sí mismo.*

*el hombre no sólo está en la historia, porta en sí la historia que explora.*

R. A.

*A Rosario Narezo*

¿Por qué (re)leer a Raymond Aron en estos tiempos de comunismo decapitado, guerra fría inexistente e independencia argelina? Pues fueron éstos algunos de los temas a los que el sociólogo francés dedicó reflexión y tinta, más desde una trincherera periodística, tomando los acontecimientos “en caliente”, reaccionando al vaivén de los hechos, que desde la apacible posición del historiador, estudioso de la misma materia pero a toro pasado y a largo plazo.

Una primera razón se sustenta en la actitud del periodista de *Combat* y *Le Figaro*, practicante durante casi cuarenta años del difícil oficio de educar a la opinión pública con sus editoriales, e ineludible ejemplo de la definición que él mismo dio de lo que debe ser un comentarista:

... condenado a juzgar antes de tener en mano todos los elementos del asunto, a hacer juicios más allá de un saber demostrado... el comentarista ideal, particularmente en materia económica, es un sabio iluminado y escéptico, que no es prisionero de teoría alguna, así sea una propia, y que conserva el gusto de lo singular, la aquiescencia del pragmatismo y la sonrisa del sentido común.

El aporte esencial del estilo aroniano del comentario político-económico es el carácter de una reflexión que tiene como premisa nunca separar lo deseable de lo posible, la autopro-

hibición deliberada de la sugerencia obvia, irrefutable por vaga, desdeñosa de algo tan importante como la base ética que debe fundamentar toda propuesta: el análisis y la ponderación de las condiciones reales que enfrentará la acción.

Sin embargo, la veta aroniana no se agota ahí. Detrás del lúcido comentarista obligado a la reflexión inmediata y apremiante que le imponía el periodismo, está también el filósofo, el pensador, el profesor de la Sorbona y del Collège de France. Y aquí reside una segunda razón de su actualidad: la vigencia e importancia de “la articulación entre una reflexión sobre las condiciones y los límites del conocimiento de la realidad histórico-social (una filosofía de las ciencias sociales) y un análisis de las acciones históricas y de los valores capaces de impulsarlas o de permitir su crítica (una filosofía de la política)”.<sup>1</sup> Aron se planteó entonces pensar el problema de los límites del conocimiento histórico y poner en claro “las relaciones entre el conocimiento de la historia que se está haciendo y las decisiones que el ser histórico está condenado a tomar”.<sup>2</sup>

Proponemos una tercera razón: el interés y el valor de la inteligente crítica que el *espectador comprometido* hizo, a partir de un profundo conocimiento de las obras que los conforman, de dos sistemas de pensamiento pretendientes de lo absoluto, vértices subsecuentes de la filosofía y la política en los últimos ciento cincuenta años y cuya influencia rebasó ampliamente las fronteras europeas de sus orígenes: el marxismo y el existencialismo. En efecto, Aron mantuvo un diálogo permanente con las ideas de Marx y de Sartre. El análisis de *El Capital* le parecía un elemento indispensable para la comprensión de la naturaleza del mundo actual pero se oponía categóricamente a deducir de este análisis un sentido de la historia, una determinación histórica establecida por

<sup>1</sup> Sylvie Mesure, en Raymond Aron, *Introduction à la philosophie de l'histoire*, Gallimard, Tel, Paris, 1986, p. II.

<sup>2</sup> Raymond Aron, *Mémoires*, Julliard, France, 1983, p. 115.

las leyes de la dialéctica que sólo requeriría de agentes para realizarse. Aron estudió concienzudamente los análisis de los *Grundrisse* y supo siempre que se trataba de los fundamentos de una posible ciencia de la historia. Desde su punto de vista, la teoría de la plusvalía, la irrupción de la fuerza de trabajo como mercancía, el estudio de la gestación, expansión y transformación del capital, arrojaban valiosas luces sobre el funcionamiento de las sociedades industriales. Pero cuando el análisis se volvía profecía, cuando la realidad era concebida como el cumplimiento inexorable del guión de la historia, Aron refutaba y exigía siempre la confrontación con los hechos, con “los hombres de carne y hueso” como reza, justamente, *El Capital*. En cuanto a su relación con Sartre, ¡tantas cosas los unen y tantas otras los separan! En 1924, por ejemplo, Aron ocupó el lugar número 14 en el concurso de ad-



misión de la École Normale Supérieure, mientras que Jean-Paul Sartre fue séptimo. Cuatro años después, en el examen para obtener el diploma de profesor titular de la cátedra de filosofía, Aron fue el número uno y su *pequeño camarada* fracasó. Fracaso temporal pues al año siguiente obtendría el primer puesto (Simone de Beauvoir el segundo y Paul Nizan el quinto). Eran años de convergencia y amistad. La guerra, sus secuelas y las diferentes concepciones que tenían de la libertad los llevarían, primero, a la separación física y, más tarde, a una rivalidad constante y creciente en los debates políticos del mundo contemporáneo.

Creo, sin embargo, que más allá de estas u otras razones, la lectura de la obra de Aron es una valiosa herramienta para

repensar la política y la historia. La política como quehacer humano, luminosa y oscura, apasionante y repugnante, azarosa y previsible pero, sobre todo, irreductible a la moral. La política como necesidad y la democracia como artificio. Una inevitable, la otra deseable. La historia como posibilidad de análisis de los acontecimientos, libre de determinismos, instrumento ambiguo de esclavización y liberación del hombre, circunstancia que se impone a él pero, y al mismo tiempo, le abre, como saber reflexivo, la posibilidad de rebasar la historicidad y dar un sentido a su existencia.

## I

Raymond Aron nació en París el 14 de marzo de 1905. También ahí moriría, setenta y ocho años más tarde, habiendo sido fiel en su existencia a la arenga tocquevilliana de enfrentar siempre el futuro con el temor que conduce a la vigilia y al combate, y no con el lánguido e indolente terror que abate y debilita el espíritu.

La trayectoria social y profesional de la familia Aron se teje en la añosa urdimbre de la comunidad judía francesa. Emancipados por las medidas liberales de la Revolución, confirmadas durante la Restauración, los judíos franceses rompen el confinamiento profesional y geográfico al que habían sido obligados. Un médico que en 1744 salvó la vida de Louis XV en un poblado de Lorena, es un ancestro del futuro filósofo de la historia. Ya en el siglo XIX, Ferdinand Aron, abuelo de Raymond, consolida el ascenso social de su clan. Fabricante y comerciante de textiles, formó parte de los industriales de este ramo —casi siempre judíos o protestantes— que jugaron un papel decisivo en el desarrollo económico del este francés al finalizar el siglo.

Una singular y afortunada costumbre familiar envuelve la infancia de los tres hermanos Aron: Adrien, Robert, Raymond: la sobremesa nocturna durante la que se conversaba acerca de muy diversos temas y, particularmente, de política. Es indudable que el maestro de fácil palabra, el certero y agudo conferenciante, el polemista implacable, tuvo en estas pláticas familiares un valioso entrenamiento. Su padre gustaba de la participación vehemente de los hijos en las discusiones. Hasta antes de su entrada al liceo Condorcet —donde le fue revelada la filosofía—, el tenis, el alpinismo, los trabajos escolares y las tertulias en la casa de Versalles formaron el universo del tercer vástago de Gustave y Suzanne Aron.

Las palabras de Sartre refiriéndose a los años de la Normale (1924-1928), definen nítidamente lo que significó este periodo para la pareja Sartre-Aron: “el inicio de la independencia” y “cuatro años de felicidad”. La École Normale Supérieure vivía entonces su mejor época, ejercía gran influencia entre la clase política de la tercera República y proveía a la Academia Francesa de gran parte de sus miembros. En filosofía reinaban Bergson, Brunschvicg y Alain. La guerra

de 1914 había jugado un papel decisivo en el confinamiento de la filosofía francesa dentro del neokantismo pues toda una generación había sido borrada por ella. Así, el descubrimiento de la fenomenología en Francia tuvo que esperar a la generación de Aron, Sartre, Merleau-Ponty, Hyppolite y Soustelle.

La profunda amistad que trabaron Raymond y Jean-Paul Sartre, diluida posteriormente en los fragores ideológicos del siglo, data de aquel tiempo. Todo lo que pasaba ante ellos era sujeto de análisis y crítica: la fealdad, el papel que desempeña el inconsciente, la herencia psicológica. Para Sartre, la libertad era absoluta. Se negaba a aceptar los conceptos de inconsciente y de patrimonio genético por considerarlos obstáculos a una libertad que sólo así, sin óbice alguno, deviene real. Inversamente, Aron afirmaba que la libertad no era adquirida sino conquistada mediante la reflexión y decisión. Pero no sólo pensaban en voz alta, tomaban clases y comentaban lecturas, también comían y bebían juntos, se solazaban en los cafés y los cines parisinos.

Poseedor del título de catedrático, Aron decide efectuar el paso obligado, rito iniciático de todo filósofo de la época: la estancia en Alemania y el estudio de la filosofía de ese país. Así, en marzo de 1930, logra la asignación de un puesto de profesor asistente en la Universidad de Colonia. Este viaje resultaría crucial para el brillante *normalien* pues no sólo leería con denuendo la obra de Marx y de Weber y descubriría el pensamiento de Husserl y de Heidegger (como hemos visto, poco conocidos en Francia antes de la segunda Guerra Mundial), asistiría además —simultáneamente a su segundo despertar filosófico— a un hecho que influiría de manera determinante en su anterior pacifismo y que constituiría un factor esencial en su educación política: el ascenso del nazismo. Tras año y medio en Colonia, Aron obtuvo un puesto en el Instituto Francés de Berlín. Ahí tomó conciencia, como testigo de la agonía de la República de Weimar —esta “República sin republicanos”— de que el destino del siglo se decidiría en la confrontación entre nazismo y comunismo, dos ideologías que pregonaban sus bases científicas; también ahí decidió, un día a las orillas del Rin, lo que se volvería su sino: emprender la elaboración de una crítica del conocimiento histórico y político. La descomposición social, política y económica de la Alemania de Weimar, inmejorable caldo de cultivo para el surgimiento del autócrata, y a la que la crisis de 1929-1930 vino a dar la estocada final, fue el escenario del pasaje berlinés que Aron vivió, un ambiente que presagiaba el arribo al poder del hombre fuerte, de la mano dura que vendría a poner orden en un país que, por un lado, se replegaba miedosamente en la salvaguarda de los valores individuales y, por otro, abrevaba su fiebre nacionalista en un remolino colectivo cuyo líder prometía *el reino de mil años*.

Vale la pena mencionar aquí una anécdota. En 1933, Thomas Mann, acosado por los cuerpos de propaganda y seguridad nazis en su calidad de autor “antialemán” y preocupado por salvar sus bienes monetarios (quinientos mil mar-

cos), encontró en Raymond Aron, deseoso de comprometerse en la acción para defender la libertad amenazada, al mejor destinatario para poner a buen recaudo su dinero. Así, fue el ilustre parisino quien realizó el traslado de la valija con la fortuna del autor de *La montaña mágica*, del domicilio de éste a la embajada de Francia.

Una vez iniciada la guerra y tras la movilización que lo condujo a hacerse cargo de una estación meteorológica en la frontera belga, cuando las fuerzas francesas no se replegaban aún ante el incontenible avance alemán, Aron decide unirse a la resistencia convocada por De Gaulle, desde Londres, el 18 de junio de 1940. Entre Pétain —que firmaría el armisticio con Hitler aceptando con ello la ocupación— y De Gaulle —con quien tenía diferencias que tenían que ver más con el estilo teatral del general que con sus ideas de fondo— no cabía la duda. Aron es, en su acción, absolutamente consecuente con su idea del hombre que trasciende su existencia efímera y precaria si se aboca a un fin histórico. Sabe que nosotros hacemos la historia, sabe que, inevitablemente, la pensamos en presente y que ese saber debe fundamentar nuestras decisiones y nuestros actos. Es consecuente con la idea central de su tesis doctoral sustentada en marzo de 1938:

... el sujeto del conocimiento histórico no es un sujeto puro, un “yo” trascendental, sino un hombre vivo, un “yo” histórico que pretende conocer su pasado y su entorno [...] Teoría del conocimiento histórico, mi libro es, al mismo tiempo, introducción a la ciencia política. Es una invitación a renunciar a las abstracciones del moralismo y de las ideologías para intentar determinar el verdadero contenido de las posibilidades de elección, limitadas por la realidad misma [...] La filosofía de la historia es esa parte de la conciencia que tomamos de nosotros mismos, cuando queremos vivir pensando lo que constituye nuestra vida.<sup>3</sup>

Al inicio del texto nos referíamos a la actitud que Aron mantuvo permanentemente como editorialista y comentarista político. Dos libros ligados íntimamente a su trabajo periodístico son buenos ejemplos del indisoluble vínculo que impuso siempre a sus reflexiones sobre la política, vínculo entre lo deseable y lo posible, entre los valores universales y la decisión que tiene su origen en el estudio de la circunstancia histórica tal y como se nos presenta: *El gran cisma*<sup>4</sup> y *La tragedia argelina*.<sup>5</sup> En ellos queda claro que para Aron pensar la política es

... pensar los actores que en ella intervienen es, por lo tanto, analizar sus decisiones, sus fines, sus medios, su universo

<sup>3</sup> Citado en Nicolas Baverez, *Raymond Aron*, Flammarion, France, 1993, pp. 132-133.

<sup>4</sup> Raymond Aron, *Le grande schisme*, Gallimard, NRF, Paris, 1948.

<sup>5</sup> Raymond Aron, *La tragédie algérienne*, Plon, “Tribune libre”, Paris, 1957.

mental. El nacional-socialismo (le) había enseñado la potencia de las fuerzas irracionales, Max Weber, la responsabilidad de cada quien, no tanto la responsabilidad de sus intenciones como la de las consecuencias de sus decisiones.<sup>6</sup>

En *El gran cisma*, publicado en 1948, Aron hace un análisis de las condiciones en las que se desenvuelve la entonces incipiente guerra fría. Para ello estudia, en primer lugar, la circunstancia europea, la especificidad de sus estados-naciones y el péndulo espiritual característico del Viejo Mundo, oscilante entre la unión transfronteriza y el recelo nacionalista. En la segunda parte del libro, al ocuparse particularmente del cisma ideológico, Aron hace un examen del marxismo en su calidad de filosofía de la historia y fundamento de la acción revolucionaria que, dirigida por una clase consciente de su misión histórica, guiará a la sociedad entera a la realización de su libertad y a su paradigma: la sociedad sin clases. El contraste entre los postulados de la teoría marxista y la práctica del estado soviético bajo la égida de Stalin es puesto de relieve con el doble propósito de correr el velo que cubre los ojos de muchos intelectuales de Occidente, obnubilados por esta mistificación, y de hacer oír el llamado en defensa de las democracias occidentales, orientando la acción en contra de este nuevo redentor que para llevarnos fraternalmente a la tierra prometida, al paraíso futuro, no duda en sacrificar el presente no sólo de los que se le oponen sino aun de la mayoría de aquellos que lo apoyan.

El contexto francés y su cisma particular es el tema de la tercera parte de *El gran cisma*. Las predecibles rupturas de los diferentes grupos que formaban la Resistencia y que podrían sintetizarse en la más importante de ellas, comunistas *vs.* anticomunistas; las nuevas alianzas que involucraban a católicos, socialistas y liberales, y sobre todo, el paso de un país bajo el liderazgo de un hombre que era el símbolo de la nación a un país en el que este mismo hombre era el jefe de un partido de oposición al régimen, definen los cambios más importantes en el tablero de la política francesa durante el periodo que va de la Liberación a 1947.

El análisis de estos tres cismas desemboca en cuatro propuestas de reforma para la nación: la política, la económica, la social y la intelectual. En cada una de ellas no hay recetas, hay ideas basadas en el estudio de las circunstancias y sujetas a discusión. Sólo daré un ejemplo, subrayando de paso que estas propuestas adquieren su valor real si las leemos situándolas en el contexto en el que fueron elaboradas, es decir, al calor de los acontecimientos que les dieron origen. Aron sostiene que la única perspectiva de solidez para los estados nacionales europeos frente al comunismo es la constitución de una federación de los países de Europa occidental basada en acuerdos y compromisos específicos. El

objetivo en Francia: un régimen con autoridad pero sin autoritarismo, un pluralismo que no signifique impotencia del Estado. Los medios para lograrlo: la restauración del Estado, la estabilidad del poder ejecutivo, el perfeccionamiento de la técnica administrativa y de la competencia económica. Cada una de estas medidas tiene una importancia y un peso intrínsecos pero ninguna sería suficiente si se tomara de manera aislada; sólo su conjunción acercaría al país al objetivo planteado. Ni comunismo, ni despotismo de derecha sino un régimen de libertades y de Estado de derecho.

En *La tragedia argelina*, Aron se pronuncia por la independencia de Argelia subrayando, por una parte, los problemas militares, económicos y políticos que ocasionaba el mantenimiento de la presencia francesa en esta colonia norafricana y, por otra, la flagrante contradicción entre un país colonialista y los valores y principios que constituían el cimiento de sus instituciones desde la Revolución de 1789. Las convergencias con el Partido Comunista Francés se daban en el terreno de este último argumento; sin embargo, la propuesta de Aron, basada en un sagaz y detallado estudio de la realidad, iba más allá, asumiendo hasta sus últimas consecuencias los dictados del análisis y no cediendo a las fustigaciones ideológicas: los medios destinados por la República francesa a una confrontación militar que resultaría inútil, deberían ser empleados para impulsar el desarrollo del Estado argelino y para indemnizar y reintegrar a los franceses que regresarían a la metrópoli una vez realizada la independencia.

## II

En los años de la posguerra Aron mostró, en la defensa de sus convicciones, una firmeza idéntica a la que había manifestado en 1932-1933, a su regreso de Alemania, cuando propuso en vano una respuesta firme y rápida de Francia a la aventura hitleriana. La guerra había cambiado muchas cosas. A pesar de la solidez de sus argumentos, la nueva propuesta aroniana, la necesidad de la reconciliación franco-alemana, navegaba otra vez a contracorriente.

Aron sostenía que la única posibilidad de detener el avance soviético y de emprender con éxito la edificación europea, era la plena integración de Alemania al pacto atlántico y la contribución de los vencedores a su reconstrucción. Su convicción no partía de la nada pues los nuevos dirigentes alemanes expresaban sin ambages su adhesión a la democracia liberal y a Occidente.

A los cambios políticos y estratégicos que trajo el fin de la guerra, se sumaron cambios en los gustos, las costumbres y las preocupaciones de los franceses. Una generación que había brillado antes de la conflagración y de la que formaban parte André Gide, Charles Maurras, Georges Bernanos y Louis-Ferdinand Céline cedía su lugar de privilegio a escritores como François Mauriac y Jean Paulhan, que sin embargo

<sup>6</sup> Raymond Aron, *Mémoires*, pp. 79-80.

no pertenecían a la verdadera generación de la Liberación, nicho de sensibilidades heterogéneas, aun contradictorias, marcada por una doctrina, el existencialismo, y matriz de dos futuros Premio Nobel de literatura: Jean-Paul Sartre y Albert Camus. Figuraban además en ella Raymond Aron, Maurice Merleau-Ponty y Hubert Beuve-Méry. Cada uno de ellos se acercó al marxismo de distinta forma, ninguno se sustrajo a él. Sartre, apolítico antes de la guerra, iniciaba en esos años su camino a la notoriedad literaria con la publicación de *La náusea* y descubriría en sí mismo un apego y una fidelidad incondicionales al proletariado y a la revolución. Camus, cuyo sentido de la sinceridad y la justicia encontraría en su juventud un cauce en el comunismo, era la esencia de *Combat*, el periódico de la Resistencia que, sin embargo, no franquearía el paso de una sociedad de tiempos de guerra, aferrada a una esperanza y a un hombre, a una sociedad de régimen de partidos. Algunos años después, el autor de *El extranjero* sostendría con Sartre una famosa polémica a propósito del régimen soviético. Merleau-Ponty, partiendo de la fenomenología de Husserl, de la teoría de la conciencia como intencionalidad, desembocó en una lectura existencialista del marxismo y en la defensa del comunismo como razón histórica del sujeto, antes de tomar distancia de él en 1955. Beuve-Méry lograría la hazaña de fundar un periódico que con el tiempo se volvería referencia obligada de la *intelligentsia* francesa: *Le Monde*.

No sólo eso, Aron, Sartre y Merleau-Ponty serían cofundadores de *Temps Modernes*, estandarte del existencialismo. Simone de Beauvoir narra la escena en la que decidieron el nombre de la revista:

Buscábamos un nombre. (Michel) Leiris, que conservaba de sus épocas de joven surrealista el gusto por el escándalo, propuso un nombre estruendoso: Le Grabuge (La Gresca); no lo adoptamos porque queríamos, ciertamente, fastidiar, pero también construir. El título debía indicar que estábamos positivamente inscritos en la actualidad, como tantos periódicos desde hacía tantos años habían dicho lo mismo, no tuvimos muchas opciones; nos manifestamos por *Temps Modernes*, era un nombre gris pero el guiño que hacía a la película de Chaplin nos gustaba [...] El segundo problema fue el diseño de la portada. Picasso hizo una muy, muy bella pero que era más apropiada para cuadernos de arte que para *Temps Modernes*. Finalmente, un diseñador de la casa Gallimard propuso un proyecto que satisfizo a todos. Nuestras discusiones se referían a cosas sin importancia pero me encantaban: esa comunidad de empresa me parecía la forma más acabada de la amistad.<sup>7</sup>

Eran los últimos meses de esa amistad. La ruptura de Aron con Sartre se produjo progresiva e inevitablemente, no de un solo golpe. Uno de los múltiples episodios que confirmaron el mutuo distanciamiento tuvo lugar en 1947, du-

rante una conferencia que Aron dictó a propósito de la relación entre marxismo y existencialismo. En ella, Aron ponía de relieve la incompatibilidad de estos dos sistemas:

para uno, la humanidad nace del trabajo, para el otro, de la conciencia que se desprende de sí misma; para uno, la historia permite trascender la lucha de clases para dirigirse a la libertad, para el otro, la historia se reduce al ciclo infernal de la violencia; para uno, la revolución es necesaria, guiada por la razón, determinada a su vez por el sentido de la historia, para el otro, la revolución es una revuelta individual radical contra lo real [...] Aron señalaba así la verdadera debilidad del existencialismo, demasiado fenomenólogo para su filiación marxista, demasiado marxista para su deuda con la fenomenología.<sup>8</sup>

La influencia y el prestigio de Sartre, la fuerza de la idea comunista y dos tragedias personales aislaron a Aron de su medio natural, el de los intelectuales de izquierda. Aunque François Mauriac, Albert Camus y Maurice Merleau-Ponty tomaron progresivamente distancia del comunismo, nunca suscribieron las posiciones del filósofo liberal. Así, de 1947 a 1955, Aron fue un hombre solo.

Había conocido a Suzanne Gauchon en 1932, a su regreso de Alemania, durante uno de los encuentros campestres que la organización, el ánimo y el don de gentes de Paul Desjardins hacían posibles puntualmente, reuniendo a escritores e intelectuales de renombre agrupados en torno de la *Nouvelle Revue Française*. Asistían entre otros, a las famosas *décades de Pontigny*, los tres Andrés: Gide, Malraux y Maurois, Roger Martin du Gard, Paul Claudel y Alexandre Koyré. Una de las tradiciones de esta cofradía era invitar al número uno del concurso de *agrégation* de filosofía de la École Normale Supérieure. Gracias a ello, Aron se había hecho presente por vez primera en 1928, poco antes de su estancia en tierras germanas. Por su parte, Suzanne, ex condiscípula y amiga de Christiane Martin du Gard, hija de Roger, hacía por aquellos años estudios de letras clásicas en la Sorbona, lo que animó a Roger a convidarla a las reuniones. Raymond y Suzanne se casaron un año más tarde y poco después, en 1934, tuvieron una niña, Dominique.

Cuando Dominique Aron tenía diez años llegó el segundo bebé, Emmanuelle. Con dos hijas entrañables y una gran compañera, las cosas parecían ir mejor que nunca, hasta que llegó el trágico 1950. Un nacimiento y una muerte ensombrecerían la vida de los Aron. En julio de ese año nació Laurence, afectada de mongolismo. Impotencia, desconcierto, tristeza, rabia y culpabilidad se mezclaron en el confuso y punzante sentimiento que invadió el espíritu de Raymond. Cinco meses después del terrible hecho, Emmanuelle, de apenas seis años, fallecía víctima de una leucemia fulminante.

<sup>7</sup> Simone de Beauvoir, *La force des choses*, Gallimard, Paris, 1963, pp. 24-25.

<sup>8</sup> Nicolas Baverez, *op. cit.*, p. 240.

La construcción de Europa fue el asidero del que Aron se sirvió para atravesar esos tiempos difíciles. Dos concepciones de Europa se enfrentaban, una de tendencia supranacional, promovida por Francia; otra que veía la unión desde la perspectiva de una cooperación interestatal tradicional, defendida por la Gran Bretaña. En los diferentes textos que por entonces escribió para *Le Figaro*, Aron apoyó y desarrolló la tesis de la importancia del rearme alemán en la defensa del continente. La invasión de Corea del Sur por las tropas de Corea del Norte, apoyadas por soviéticos y chinos, demostraba que Europa debía poseer una fuerza en su territorio que complementara estratégicamente la garantía estadounidense. Ahora bien, en estas circunstancias, el mérito de Aron reside en la clara formulación del problema y en la solución que propone. ¿Un ejército europeo o un ejército alemán en el seno de la OTAN? Para él, ante la ausencia de una unión europea como entidad política, la creación de un dispositivo militar supranacional implicaba grandes riesgos de mando y por lo tanto de desempeño. Por ello, era preferible el rearme alemán, no sólo porque en su calidad de miembro a carta cabal de la nueva Europa la República Federal tenía ese derecho sino también por razones de eficacia militar.

A partir de 1951, Aron fue un asiduo colaborador de la Revista *Preuves*, publicación favorable al pacto atlántico y a la edificación europea, crítica del macartismo y firme opositora a la URSS. Netamente europea, escribían en ella Hannah Arendt, André Malraux, Czeslaw Milosz, Georges Orwell, Denis de Rougemont y Manès Sperber, para no citar sino a los más célebres. Su aparición produjo violentos ataques de *Temps Modernes*, *Esprit* y *Le Monde*, ofensivas que demostraban la gran influencia comunista en la vida política e intelectual francesa.

La fuerza de los comunistas en Europa se extendía a otros confines del planeta. Aron sabía que la desmistificación sistemática de los valores comunes a la *intelligentsia*, la izquierda, la revolución y el proletariado era imprescindible en la lucha que debían librar las democracias occidentales ante tan poderoso enemigo. A ello se abocó y el resultado fue un magnífico libro que tuvo repercusiones inmediatas, de las que el mejor ejemplo es quizá la "conversión" de François Furet. Si es cierto que la utilidad de un libro se mide por su aportación al itinerario personal de sus lectores, *L'opium des intellectuels* cumplió cumplió cabalmente su misión con este ilustre lector. Dice Furet:

Recuerdo como si fuera ayer la influencia que el libro ejerció en mí. Abordaba de manera oportuna el conjunto de preguntas que yo me hacía de manera más o menos explícita (me temo que más bien menos que más); y si bien yo no tenía suficiente espíritu crítico para compartir toda la demostración, su lectura me dejó al menos muchas dudas en las que percibía ya

la destrucción de una creencia cuya burda fascinación me quedaba por explicar.<sup>9</sup>

Una vez más la *acción* de Aron, basada en una *decisión* de carácter histórico, rendía frutos. Una acción cuyo fundamento filosófico se encontraba ya en la *Introduction*:



Hemos considerado histórica la *decisión* porque los valores a nombre de los cuales juzgo el presente provienen de la historia, depositados en mí por el espíritu objetivo que asimilé a medida que me elevaba a la conciencia personal. Por otra parte, la *decisión* no es una actividad exterior a mi ser auténtico, es el acto decisivo mediante el cual me comprometo y establezco el medio social que reconoceré como propio. La *decisión* en la Historia se confunde en realidad con una decisión sobre mí mismo, pues tiene por origen y por objeto mi propia existencia.<sup>10</sup>

<sup>9</sup> François Furet, *La recontre d'une et d'une vie*, en Raymond Aron 1905-1983: *Histoire et politique*, Paris, *Commentaire*, núm. 28-29, 1985, p. 53.

<sup>10</sup> Raymond Aron, *Introduction à la philosophie de l'histoire*, Gallimard, Tel, Paris, 1986, p. 416.

## III

Luego de una accidentada elección que le permitió obtener la cátedra de sociología en la Sorbona en 1955, Aron consagró varios años a dos actividades absolutamente universitarias. Por una parte, emprendió la crítica de la estructura y el funcionamiento de la prestigiada universidad y, por otra, se entregó a la enseñanza y a la investigación. Su reflexión se desplegó en tres ámbitos: la sociedad industrial, las relaciones internacionales y el estudio de las grandes corrientes del pensamiento sociológico y de la conciencia histórica. Concebidos como cursos, estos textos dieron lugar a tres libros,<sup>11</sup> sin que el autor estuviera del todo convencido de esta conversión. No sucedió lo mismo con *Las etapas del pensamiento sociológico*,<sup>12</sup> que Aron modificó de manera sustancial reescribiéndolo completamente. Portentoso intento de dilucidación de la conciencia que las sociedades modernas tienen de sí mismas, en él encontramos un estudio de la sociología del siglo XIX —Comte, Marx y Tocqueville— y de los autores de la generación del cambio de siglo: Durkheim, Pareto y Weber.

La relación de Aron con el marxismo fue prolongada y profunda. El método de investigación del sociólogo francés, histórico y crítico, debía mucho a Marx. Además, una pregunta lo obsesionó durante gran parte de su vida. Frente al extraordinario y mostruoso destino del marxismo en el siglo XX, ¿cómo explicar que el pensamiento de Marx, a pesar de sus contradicciones y de un desfase cada vez más evidente con la evolución de las sociedades desarrolladas, haya tenido tanto peso en la historia política e intelectual del siglo XX? Para Aron, un elemento primordial de la respuesta se encuentra en el dualismo del marxismo, que constituye simultáneamente su debilidad y su fuerza. Dualismo presente en Marx, hombre de acción y filósofo, militante revolucionario y analista social. Dualismo presente en su obra, lúcido análisis socioeconómico del capitalismo y utopía de una sociedad reconciliada en el comunismo, comprensión profunda de la dinámica mundial producto de la revolución industrial y profecía de su ineluctable fin. Tratando de esclarecer esta gran interrogante, Aron se planteó tres objetivos: extraer, de la masa y la confusión provocada por los exégetas del pensador alemán, el marxismo de Marx; basarse en el proyecto original de Marx para refutar las interpretaciones de algunos de sus discípulos, particularmente de los existencialistas y los estructuralistas; confrontar la historia del siglo XX con el marxismo, que constituye la herramienta principal para su explicación.

El inicio de los años setentas fue el escenario de la tardía entrada de Aron al Collège de France. Tenía sesenta y cinco años cuando ingresó a esta institución, símbolo del prestigio intelectual francés. También en esos años se iniciarían dos aconte-

cimientos relevantes: la toma de conciencia, ¡al fin!, de la comunidad intelectual gala ante las atrocidades del gulag reveladas por Soljenitsin, y el declive de la influencia de Sartre. Gracias a ello Aron fue “redescubierto” y, poco a poco, reconocido por ella. El filósofo de la historia, infatigable, pensaba ya en nuevos proyectos, particularmente en la redacción de dos libros que completarían el programa expuesto en la *Introduction*, uno acerca del marxismo de Marx, el otro dedicado a la historia del siglo XX. La vida tendría la última palabra: en mayo de 1977 Aron sufriría una embolia de la que se recuperaría bastante bien pero que resultaría determinante en la decisión de su futuro. No tenía ya ni el tiempo ni el vigor intelectual que requería la envergadura de las obras que había proyectado; en cambio, sentía la necesidad de contarse su propia vida, de hacer un balance retrospectivo de su existencia. Fiel a su pensamiento, el eje del libro no podría ser, sin embargo, únicamente su ser individual. Debía narrar su vida a la luz de las elecciones y las decisiones que había tomado en la historia que había vivido, en los avatares del siglo. Quizá por ello escogió como subtítulo de sus *Memorias* una frase que lo define: cincuenta años de reflexión política.

¿En dónde situar la verdad de Aron? Coincido totalmente con su biógrafo en cuanto al perpetuo desfase entre la generalizada percepción que de él se tiene —nutrida por lugares comunes e ideas sin asidero— y el espacio que realmente le corresponde. Pues

el intelectual colmado de honores, merecedor de las más altas distinciones, fue apartado de la universidad francesa por el estatus de los judíos. El sabio renombrado, blanco privilegiado de los estudiantes de mayo del 68, fue el crítico más virulento de la universidad tradicional, a tal punto que se convirtió en la oveja negra de la muy conservadora *Société des agrégés*. El editorialista aborrecido por los gaullistas en los años sesentas fue uno de los hombres de Londres y perteneció al exclusivo círculo de los fundadores del RPF. El anticomunista declarado, muy pronto tomó partido por la descolonización. El pensador encasillado en la derecha conservó toda su vida una sensibilidad y amistades de izquierda, mientras que el liberal no tenía ningún aprecio por los partidos y los dirigentes conservadores.<sup>13</sup>

Nuestras actuales, difíciles circunstancias, deberían llevarnos a un nuevo examen de las ideas aronianas, a una reflexión sobre nuestra historia, a la obtención de una vacuna contra los errores ya cometidos, a una erradicación total de la idea de necesidad histórica, de un sentido de la historia, pues

la comprensión de nuestra época no podrá ser posible mientras no nos liberemos de la ilusión de la necesidad: el siglo no será explicable, en la medida en que puede serlo, mientras no le devolvamos su carácter imprevisible, negado por los primeros responsables de sus tragedias.<sup>14</sup> ♦

<sup>11</sup> Raymond Aron, *Dix-huit leçons sur les sociétés industrielles*, Gallimard, Idées, Paris, 1962; *La lutte de classes. Nouvelles leçons sur les sociétés industrielles*, Gallimard, Idées, Paris, 1964; *Démocratie et totalitarisme*, Gallimard, Idées, 1965.

<sup>12</sup> Raymond Aron, *Les étapes de la pensée sociologique*, Gallimard, Bibliothèque des sciences humaines, Paris, 1967.

<sup>13</sup> Nicolas Baverez, *op. cit.*, pp. 15-16.

<sup>14</sup> François Furet, *La pasión revolucionaria en el siglo XX*, en *Vuelta* núm. 216, noviembre de 1994, México, p. 8.